

Niveles de madurez espiritual

1 Juan 2:12-14

INTRODUCCIÓN:

Nadie llega a madurar espiritualmente si no ha pasado por las tres etapas naturales del crecimiento. Esto quiere decir que no basta ser un creyente, sino un creyente maduro. Esta es la meta.

¿A qué se debe la inmadurez espiritual? A que muchas de las personas que nacieron de nuevo dejaron de crecer hace tiempo. En el presente pasaje encontramos las tres edades que conforman la vida de un ser humano: niño, joven y padre. Estos crecimientos nos muestran el proceso de ir desde la niñez hasta la paternidad. ¿Cuáles son las marcas de la madurez?

A lo mejor usted piensa que el estar espiritualmente saludable es una señal de madurez. Pero note que un niño de cinco años pudiera estar muy bien de salud, pero ser inmaduro. Alguien pudiera preguntar ¿y qué de los dones espirituales? ¿Son los dones espirituales una señal de madurez? ¡Pues no!

Sansón tuvo muchos dones, pero fue un creyente inmaduro. La iglesia de los corintios estaba adornada con todos los dones (1 Cor. 1:5-6) pero era una iglesia inmadura. ¿Cómo medimos la madurez de una iglesia? Por la manera cómo ella crece en calidad.

La madurez es un proceso de toda la vida.

No es una carrera de cien metros planos, sino un maratón donde corremos siempre. Usted puede ser un creyente con una visible vida espiritual, pero ser todavía un creyente inmaduro.

El reto a la madurez es la meta más anhelada por todo creyente. Nos hará muy bien estudiar estas tres edades de madurez espiritual. Veamos, pues, en qué consiste la madurez espiritual. Veamos el curso de la niñez a la adultez.

I. LA MADUREZ ESPIRITUAL CONSISTE EN ATRAVESAR LA DULZURA DE LA NIÑEZ vers. 12.

1. La niñez egoísta.

La madurez se enfrenta el mismo comienzo de la vida. Se suponía que el único ser que entró maduro al mundo era Adán, sin embargo probó que era inmaduro cuando manifestó su egoísmo, visto en su desobediencia a las prohibiciones divinas. Pero a excepción de él todos tenemos que comenzar siendo niños. ¿Y quién es un niño? Lo primero que decimos es que todos los bebés son hermosos.

No importa el tamaño o color que tengan, ellos simplemente despiertan nuestra ternura y admiración. Pero por otro lado, los niños son los seres más egoístas que existen. Quítele algo de las manos a uno de ellos y verá el lío en que se mete. Ellos no hacen nada, por lo tanto viven ociosos. No piense usted que ellos le van a ayudar a limpiar la casa, pues no tienen ninguna consideración. Ellos son los que se despiertan en la madrugada robándole a su madre el preciado sueño.

La etapa de un nuevo creyente también transita la dulzura de la vida que comienza, y hasta siente en el llamado primer amor que todo gira alrededor de sí mismo. Pero un “bebé” en Cristo debe crecer.

Tiene que dejar la etapa del biberón para ingerir comida sólida. Pablo dijo: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; más cuando fui hombre, dejé lo que era de niño” (1 Cor. 13:11).

2. El nuevo creyente es un “hijito” perdonado.

Lo primero que nos dice Juan respecto a los “hijitos” espirituales es que sus pecados les “han sido perdonados por su nombre”. Esta es una experiencia única. Pablo lo describe como a quien se le dio vida cuando estaba muerto en “sus delitos y pecados” (Ef. 2:1-3).

Dos cosas le pasan al nuevo creyente: sus pecados son perdonados (vers. 12) y conoce al Padre (vers. 14). Eso es una obra consumada que le da garantía de vida eterna, seguridad de su salvación y la experiencia de conocer a Dios como su Padre.

Pero al igual que un bebé, el creyente no puede quedarse en esa etapa; ellos deben crecer. Ese crecimiento es lo que se conoce como “madurez espiritual”. Por su puesto que en una iglesia no todos los creyentes son maduros.

La realidad es que tenemos creyentes inmaduros; estos son los “hijitos” que solo se conformaron con el perdón de sus pecados. El llamado es a dejar de tomar leche para ir hacia alimentos sólidos que nos hagan maestros en la palabra (He. 5:12-14).

3. Hay que sacar al niño de la cuna espiritual.

Cómo reaccionaría usted si un día llega a la sala cuna y encuentra a un hombre de cincuenta años meciéndose en una mecedora y chupándose el dedo gordo. Y cuál sería su impresión si al preguntarle le dijera que hace cincuenta años que visita ese lugar, y por cuanto le gustó se quedó por el resto de su vida en esa sala cuna.

Además de nuestro muy justificado asombro, concluiríamos que en ese “bebé gigante” se encuentra un desarrollo que se detuvo en el tiempo. ¿Tenemos esos “bebés gigantes” en nuestras iglesias? ¡Sí! ¿Cómo se reconocen? Bueno, son aquellos creyentes que se siguen alimento de leche, chupándose el dedo; que no crecen, solo esperan que le sirvan. Son aquellos que están prestos para criticar todo lo que se hace.

Para ellos nada funciona bien en la iglesia. Todo les huele mal, todo les molesta, todo el tiempo tienen un espíritu contrario. Son creyentes sin sonrisas, chismosos, llorones; y muchas veces el blanco de sus críticas es el pastor. La iglesia de los corintios estaba llena de ellos. Pablo los llamó cristianos carnales; necesitados de leche, con una total falta de madurez. La gran misión es sacar a ese niño de la cuna y traerlo al terreno para que corra.

II. LA MADUREZ ESPIRITUAL CONSISTE EN ATRAVESAR LA TRIUNFANTE BATALLA DE LA JUVENTUD vers. 14

1. Madurez significa vencer al maligno.

La juventud durante el tiempo de Juan se caracterizó por vencer al maligno. Los músculos de su masculinidad espiritual enfrentaron la más fuerte de las batallas. Esta declaración nos pone al descubierto una extraordinaria señal de madurez. Hay muchos enemigos que tiene que enfrentar y

vencer un creyente, pero vencer al maligno es una de las victorias más grandes. En la escala de la madurez espiritual, esta es muy deseada.

En esta etapa ya se quedaron atrás los pañales y los biberones, ahora lo que hay son fuertes batallas. ¿Ha llegado usted a la categoría de ser un guerrero espiritual? Y aquí no se trata que usted no le tenga miedo al diablo, como muchos dicen, sino más bien que el diablo le tenga miedo a usted por la forma cómo lo encara en este nivel de madurez. No basta ser un creyente si no estoy en el campo de batalla. No debo contentarme solo que mis pecados sean perdonados, sino que este venciendo al maligno. Cada vez que vencemos al maligno, huye. Vencerlo es una señal de madurez.

2. Madurez significa ser un creyente fuerte.

Cuando Juan escribió, diciendo: “Os escribo a vosotros jóvenes porque sois fuertes”, estaba declarando una verdad universal. Los jóvenes tienen un vigor que no lo poseen ni los bebés ni los ancianos.

Proverbios 20:29, nos dice: “La gloria de los jóvenes es su fortaleza, Y la hermosura de los viejos la vejez” (Versión de 1909). Mire los jóvenes de su iglesia y comprobará por qué esto es cierto. La fortaleza de la “juventud espiritual” nos muestra a ese grupo de creyentes que han logrado vencer muchas de sus debilidades. Por cuanto ya no son bebés en el Señor, ahora ellos son poseedores de una gran fortaleza que los capacita para ser resistentes a los ataques del enemigo, pero también para soportar a los más débiles en la fe. Pero, ¿de dónde obtiene el joven esa fortaleza?

De la **palabra de Dios**. Juan sigue diciendo: “...y la palabra de Dios permanece en vosotros...”. Muéstreme a un creyente débil e inmaduro y yo le hablaré de un creyente que no lee ni aplica la palabra. Pero muéstreme a un creyente fuerte como un roble y le hablaré de alguien que permanece en la palabra. ¿Está usted todavía en la guardería infantil? ¿Es usted un conquistador?

III. LA MADUREZ ESPIRITUAL CONSISTE EN LLEGAR HASTA LA CUMBRE DE LA SABIDURÍA PATERNA vers. 14

1. Conocimiento avanzado.

Es interesante que Juan, mientras escribe dos veces a los “hijos” y a los “jóvenes” añadiendo algo distinto, también escribe a los padres el mismo asunto: “Conocéis al que es desde el principio”. La meta de todo creyente es llegar a conocer a Cristo en su estado más profundo. Cuando esto ocurre estamos alcanzando la cúspide de la madurez espiritual.

Una característica de un creyente maduro es la capacidad que ha desarrollado por conocer a su Señor. Para que esto ocurra, debemos llegar a la misma determinación de Pablo, quien hablando de sí mismo, dijo: “Pero cuantas cosas eran para mi ganancias, las tengo como pérdidas...a fin de conocerle...” (Fil. 3:7-11).

Juan había pasado la etapa de los “hijitos” y los “jóvenes”; ahora está en la etapa de “padres”. Nadie más como él para hablarnos de haber conocido a Jesucristo de una forma real y personal. Mientras los demás hablaron de su origen biológico, Juan habló de Cristo desde el principio en la eternidad. Eso es tener un conocimiento más avanzado de Cristo. Los discípulos llegaron a esa etapa de madurez.

2. Sabiduría avanzada.

Lo más notorio de la etapa de madurez de los “padres” es la sabiduría acumulada. Esto es lo que se conoce como la “la probada sabiduría paterna”. El “padre” es el alguien que hace rato dejó la

infancia espiritual. Su diario caminar con el Señor no solo le ha hecho estar más cerca de él, sino que lo ha dotado de gran madurez para sostener a los débiles en la fe. Otra característica del creyente “padre” es que tiene hijos. Si es padre es porque tiene hijos espirituales. ¿Se ha reproducido usted?

El ser padre espiritual es una enorme bendición. ¿Puede usted presentar sus hijos espirituales? Y déjeme decirle que usted puede ser un padre espiritual a pesar de ser muy joven. Usted no tiene que llegar a ser un creyente totalmente maduro para ser un ganador de almas. Se sabe de muchos nuevos creyentes que son una real amenaza para el reino de Satanás. Su continuo testimonio sobre lo que ahora es hace temblar a los mismos demonios. ¿Cómo va a llegar al cielo? ¿Llegará con las manos vacías? ¿Le mostrará al Señor sus hijos?

Otra cosa que debe ser dicha en la madurez del creyente “padre” es que su crecimiento ha requerido de mucha alimentación en el tiempo. La orden bíblica es: “Desead como niños recién nacidos la leche espiritual no adulterada para que por ella crezcáis para salvación”. El crecer requiere vida, tiempo, ejercicios. No sea usted un creyente flojo. Ejercítese para la piedad. Encuentre algo que hacer en la iglesia.

No se mantenga como un tronco insensible. No siga sentado en la guardería, chupándose el dedo pulgar. Deje usted la cuna de la inmadurez por una probada sabiduría paternal. Sus años en el evangelio deben tener el sello de la madurez, no un distintivo de inmadurez espiritual.

CONCLUSIÓN:

Juan vivió el proceso de la madurez en la familia de Dios. ¿Qué más sabe usted de Juan? Déjeme darle algunos datos acerca de él. El llamado “apóstol del amor” fue un creyente muy inmaduro. Por cierto tiempo mantuvo una disposición natural hacia el egoísmo. Acuérdesse que fue él, con su hermano Jacobo quienes le pidieron al Señor sentarse con él en su trono cuando estuviera en su reino (Mr. 10:35-45).

En otra ocasión cuando fueron a visitar a los samaritanos, y no les recibieron, ellos le dijeron a Jesús: “¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?” (Lc. 9:54). La reprensión de Jesús marcaría a Juan para siempre. Pasó de ser “hijo del trueno” a “hijo del amor”. Él fue el apóstol de la cruz.

Hay que aprender a crecer en gracia y en conocimiento. Si usted no ama al Señor más de lo que le amaba ayer, usted no está madurando. El cristiano maduro ha convertido la crítica en trabajo. Acepta a todos como son y siempre va en buscar del otro en lugar de esperar que le busquen a él. El cristiano maduro apunta siempre a lo mejor y a lo grande y se entrega sin condición. Amen.